

LÍRICA Y TEATRO A PARTIR DE 1936

Al acabar la Guerra Civil, la literatura gira en torno a los sentimientos provocados por la contienda y la censura condicionará lo que se publica. Muchos autores, como los dramaturgos Max Aub (*San Juan*) o A. Casona (*la dama del alba*) o como los poetas J. R. Jiménez o Alberti, escriben desde el exilio. En los años 40, se busca la evasión de la realidad o la exaltación patriótica y de apoyo al nuevo régimen. En los años 50, la literatura se convierte en un instrumento de denuncia, mostrando un mayor compromiso social. En los 60, los escritores se acercan más a las tendencias europeas y experimentan con nuevas formas de expresión y técnicas literarias. A partir de 1975, tras la muerte de Franco y la posterior transición a la democracia conviven múltiples tendencias y estilos.

En los años 40, el público que acude al teatro busca entretenimiento y el empresario intenta hacer un teatro comercial. La comedia burguesa sigue teniendo éxito; trata temas tradicionales con una suave crítica (Pemán, Luca de Tena). Además, aparece el teatro del humor que recrea situaciones inverosímiles y absurdas a través de un lenguaje muy ingenioso. Destacan Enrique Jardiel Poncela (*Eloísa está debajo de un almendro*), y Miguel Mihura (*Tres sombreros de copa*). La trayectoria de Antonio Buero Vallejo arranca en esta época con *Historia de una escalera* (1949), un teatro existencial y social que muestra la imposibilidad de unos vecinos por alcanzar sus sueños. Junto a él escribe A. Sastre (*Escuadra hacia la muerte*). A partir de 1955 predomina el teatro social, motivado por un nuevo público, el universitario, con temas como la injusticia social o la desigualdad. La denuncia muchas veces aparece encubierta. Buero V. escribe en esta época obras inspiradas en otros momentos históricos para reflejar su mundo; (*El concierto de San Ovidio*, *Las Meninas*). En la siguiente década el teatro busca renovarse a través de la experimentación. Se basa en el espectáculo, donde se da más importancia a la música, la escenografía y la mímica, y menos a las palabras. F. Arrabal crea el teatro pánico con fuertes influjos surrealistas (*Picnic*). Buero Vallejo sigue esta línea con *La fundación*, drama que lleva al espectador de la mano de su protagonista, mostrándole una realidad que va cambiando a medida que el personaje recobra la cordura. Este teatro como espectáculo culmina en los siguientes años con compañías teatrales como el TEI, Els Joglars, La cuadra,... También cobran importancia obras que tratan temas de actualidad con cierto matiz irónico o humorístico (*Bajarse al moro* de J. L. Alonso de Santos).

En cuanto a la poesía, en los 40, se tiende a una poesía rehumanizadora. La poesía arraigada adopta formas clásicas para tratar, con optimismo y serenidad, temas tradicionales (Luis Rosales, *La casa encendida*). Surge en torno a revistas como *El Escorial* o *Garcilaso*. Otra tendencia es la poesía desarraigada, de corte existencial, que se difunde a través de la revista *Espadaña*; Dámaso Alonso (*Hijos de la ira*, 1944), inicia esta línea que refleja la angustia y la falta de fe en el futuro a través de un lenguaje desgarrado y directo. También aparecen dos grupos minoritarios: el postismo, heredero de las vanguardias (C. Edmundo de Ory) y el grupo Cántico, poetas andaluces herederos de la G^o 27, especialmente de Cernuda. Hacia 1955, predomina la poesía social, heredera de la poesía desarraigada; los poetas toman conciencia de su papel en la sociedad y muestran las injusticias. Es una poesía comprometida, testimonial y realista. Los autores más representativos son Blas de Otero (*Pido la paz y la palabra*) y Celaya (*Cantos íberos*). En esta década también escriben poetas como Claudio Rodríguez (*Áspero mundo*), Gil de Biedma (*Compañero de viaje*) o Ángel González (*Áspero mundo*), autores de la G^o de los 50 que, aunque se inician en la poesía social, se alejan de ella para retomar la expresión de la subjetividad y la preocupación por la forma; por tanto, sus temas están vinculados a la experiencia personal del poeta y la poesía tendrá un fin estético. En 1966, la publicación de *Arde el mar*, de P. Gimferrer inicia la tendencia experimental. En 1970, *Nueve novísimos poetas españoles* recoge poemas de autores como L. M^o Panero (*Last river together*), G. Carnero (*Dibujo de la muerte*), Félix de Azúa (*Cepo para nutria*),... muy influenciados por la poesía hispanoamericana y anglosajona. Estos poetas rechazan el intimismo, evitando la expresión directa de los sentimientos. Utilizan la transposición espacial (Venecia) y la transposición histórica. Desaparece la realidad cotidiana y muestran una actitud irónica frente a la sociedad de consumo y sus mitos. A partir de 1975 coexisten distintas tendencias que buscan otras formas de expresión. La poesía de la experiencia recupera el “yo” poético, ficcionalizado, y el gusto por lo cotidiano tanto en su temática como en su lenguaje (L. García Montero, *El jardín extranjero* o F. Benítez Reyes *Los vanos mundos*). Otras corrientes son la “poesía metafísica”, de carácter conceptual (O. García Valdés), el Neosurrealismo, que sigue con la libertad creadora e irracional del surrealismo (B. Andreu) o la “poesía entrometida” o “poesía de la conciencia”, que combina la expresión de emociones personales con los problemas de la colectividad desde un punto de vista crítico (J. Riechmann).